

Biblioteca-Films

Núm.
286

EL PEQUEÑO DETECTIVE

25
CTS.



JUNIOR
COGHLAN

Harrison Ford
Elinor Fair

Amor - Mobiliario



CLIFTON, Elmer

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707
Sociedad General Española de Librería: Barbará, 16
BARCELONA

AÑO VI APARECE LOS MARTES Núm. 286

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

* Let'er go Gallagher, 1928
EL PEQUEÑO DETECTIVE

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el precoz artista de la pantalla

JUNIOR COGHLAN

Producción PRO-DIS-CO
Exclusiva JULIO CÉSAR, S.A.

Calle Aragón, núm. 316 - Barcelona

* En Francia "Le Petit Detective"

REPARTO

Juanito Callegher JUNIOR COGHLAN
Callahan HARRISON FORD
Clarita ELINOR FAIR

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

↓ Ver en Diccionario Cuerno Universal
a CLIFTON/ 132

Primera Parte

Las calles de una gran ciudad ofrecen a los jóvenes, en muchos casos, la mejor universidad para aprender la ciencia de la vida. Son muchos los hombres que han llegado a la celebridad, siendo el primer peldaño de la escala de su gloria, la vida libre de las grandes calles de una capital. En ella, los niños que carecen del refugio del hogar paterno, ven desfilar por sus ojos infantiles todas las miserias que la vida encierra en sí, y aprenden, desde la niñez, a ser valientes contra los embates del Destino.

En este caso se encontraba precisamente el héroe de nuestra historia, un pequeño muchacho, que no contaría a la sazón más de doce años, y que jamás había sentido sobre su rostro el roce cariñoso de unos labios maternos, ni su cuerpo se había mecido en el santo cobijo de la cuna, formada por los brazos de una madre. Había vivido siempre

en completa libertad, como un pajarillo que cruza, con su alegre piar de uno a otro lado el espacio. Sin embargo, nuestro pequeño amigo, no pertenecía a esa clase de muchachos vagabundos, sucios y harapientos, cuyo aspecto da repulsión. El era todo lo contrario: vivía.., donde podía, acompañado siempre de su inseparable y fiel "Ciclón", y la primera impresión, al verlo, era de completa simpatía. Su carilla picaresca, sus ojos vivos, inquietos, como todo él, expresaba bien a las claras la precocidad del muchacho y daban a entender una inteligencia clara y despejada.

Juan Gallegher, que este era el nombre de nuestro héroe, tenía dos grandes aspiraciones: crecer y llegar a ser un detective famoso. De la primera el tiempo se encargaría de realizarla; pero de la segunda, él ponía todo su empeño para que su ilusión llegase a ser un hecho.

Precisamente por aquellos días, un famoso ladrón traía de cabeza a la policía, y Juanito, como es de suponer, se martirizaba el cerebro, buscando la forma de cómo podría ser él el afortunado mortal que entregase al temido ladrón a la policía. Las hazañas del malhechor habían llegado a tal extremo, que los habitantes de la ciudad no se creían seguros, mientras que aquel hombre estuviese en libertad y los periódicos eran leídos con

extraordinario interés, cuando en sus columnas aparecía algo relativo al bandido. Era la nota sensacional del día, y los directores de los grandes rotativos hostigaban sin cesar a sus redactores, para que inquiriesen algo referente al misterioso sujeto.

El día que, por primera vez, trábamos amistad con nuestro pequeño Sherlok Holmes, recorría éste las calles de la población, buscando un refugio donde pasar la noche, cuando, de pronto, de un montón de papeles, recogió un trozo de periódico y leyó una noticia sensacional, que decía:

"Un guante usado, con un dedo relleno, que se ha recogido cerca de Shattered Safe, puede ser indicio de algún robo, con asesinato, cometido por el misterioso bandido "Dan, el de los cuatro dedos"."

Mientras leía el periódico, "Ciclón" corría de un lado para otro, y empezaba a jugar con un guante que encontró tirado. Juanito levantó la cabeza para ver dónde estaba su compañero y al verlo con aquella prenda, lo llamó, iluminado por un repentino presentimiento.

—¡Aquí, "Ciclón"!

Obedeció el fiel animal; pero cuando el muchacho tuvo el guante en su poder pudo comprobar que todo había sido una ilusión suya, y exclamó, desalentado;

—Ya creí que teníamos una pista, amigo “Ciclón”; pero este guante no tiene ningún dedo relleno...

El animal, que no podía comprender los pensamientos de su amo, siguió correteando por la calle, mientras el muchacho seguía su interrumpida lectura, leyendo la continuación de la noticia, que decía:

“Por tercera vez en pocos días, el famoso ladrón Dan, llamado “Cuatro dedos”, ha logrado huir, cuando su captura parecía inminente, después de herir a dos policías. La Jefatura de Policía ofrece mil dólares por la captura de Dan.”

En aquel instante, el fiel “Ciclón” se acercó a donde estaba su dueño y empezó a ladrar furiosamente, a la vez que tiraba de la chaqueta de Juanito, quien quiso librarse de él, diciéndole:

—¡Quieto, “Ciclón”!... ¡Un perro bien educado no debe interrumpir los pensamientos de su amo!

Pero el animal seguía ladrando, cada vez con más fuerzas, y Juanito, picado por la curiosidad, se levantó de donde estaba sentado y siguió al animal, diciendo:

—Quizá tu olfato tenga razón. Vamos a ver lo que pasa.

El perro echó a correr delante de él y a los pocos metros desapareció por una alcantarilla que había abierta. Juanito esperó un



La preciosa telefonista del periódico por quien el periodista bebía los vientos

rato, y en vista de que “Ciclón” no volvía, se echó al suelo, para mirar el interior del lugar donde había bajado su perro. Tanto inclinó el cuerpo que, cuando se dió cuenta, se encontró que había caído sobre un pajar, o cosa parecida. A la mano derecha encontró una pequeña escalera de caracol, y, decidido y valeroso, emprendió la ascensión por ella; pero al llegar al piso superior, vió una sombra que se deslizaba misteriosamente, y gritó al animal, para que cesase en sus ladridos:

—¡Calla, “Ciclón”!... ¡Seguramente hay alguien aquí!

Se ocultó lo mejor que pudo y vió como una sombra recorría la estancia, completamente desorientado. Por fin pudo verle la cara, y el aspecto de aquel hombre infundió inmediatamente en el ánimo de Juanito la sospecha de que se trataba de un ladrón. No había tenido tiempo de formularse este pensamiento, cuando por la escalera principal apareció otro hombre, vestido con un batín y que debía ser indudablemente el dueño de la casa. El ladrón, al verse sorprendido, disparó contra el propietario, y Juanito, atemorizado, echó a correr, buscando la salida por donde había entrado.

**Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino**

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

**EL CHARLESTON
y
BLACK-BOTTOM**

Precio da cada método **25 céntimos**

Segunda parte

Media hora después de ocurrido el hecho que acabamos de anotar, en la dirección de uno de los principales periódicos de la población, el gerente recibía una lacónica noticia, que le hizo pegar un salto de su asiento. Decía así:

“El señor W. H. Burbanc, presidente del Central Trust, ha sido asesinado en su casa.”

Inmediatamente cogió el teléfono, y dijo a la señorita encargada del aparato:

Avise a Callahan... en la habitación de los repórteres... en el cuartel general de la policía.

Callahan era un simpático muchacho, íntimo amigo de Juanito; pero que tenía un defecto, era una de esas personas que todo lo dejaban “para mañana”, y que siempre andaba de gresca con su director por una falta de noticias sensacionales, aunque, según su parecer, era el mejor repórter del mundo. Cuando el teléfono de la habitación de los repórteres del cuartel general de policía, llamaba

insistentemente a Callahan, éste dormía tranquilamente, hasta que un detective, amigo del periodista, lo despertó, diciéndole:

—¿No oyes que llaman por teléfono?

Callahan se despertó y al ver a su amigo, le preguntó alegremente:

—¡Hola McGinty!... ¿Qué dice el ilustre detective?

—Digo—respondió el otro—, que debes cumplir mejor con tu obligación, o tu editor buscará otro repórter policíaco.

—¿Otro repórter?—exclamó el muchacho riéndose—. ¿No sabes que la Prensa no podría vivir sin mí?

El teléfono continuaba llamando y Callahan cogió el aparato y preguntó:

—Diga.

—¿Dónde diablos está Callahan? — preguntó la voz del gerente.

—Al habla—contestó el periodista.

—¿Pero qué demonio hace usted?—volvió a decir el gerente—. ¡Va a salir el periódico dentro de diez minutos y aun no tenemos una cuartilla suya sobre el asesinato de hoy!

Callahan tenía recursos para todo, y sin amilanarse por la pregunta del caso, le respondió tranquilamente:

—No he estado nor ahí, porque he estado hasta ahora en la casa del crimen... pero estoy enterado de todo el suceso.

Colgó el auricular, y le preguntó al detective:

—Oye, ¿quién es el que ha estirado la pata hoy?

—No lo sé—respondió el detective—. Acabo de salir de mi casa y es la primera noticia que tengo.

Callahan comprendió que no tenía tiempo que perder, si quería coger la edición del diario y salió a la calle dispuesto a inquirir algún dato con que poder llenar unas cuartillas. En el pasillo del cuartel se encontró con un policía, y le dijo:

—Oiga usted, guardia. ¿Quiere usted decirme algo del asesinato de hoy?... Tengo que escribir mi reseña en diez minutos...

El policía se le quedó mirando, y, al fin, exclamó:

—Si usted cumpliera con su obligación, en vez de pasarse la tarde durmiendo, ya estaría enterado de todo—y le volvió la espalda.

En vista del mal resultado de su gestión el repórter continuó su marcha hacia la calle; pero antes de llegar a la puerta se encontró con Juanito, que le dijo:

—No se vaya, Callahan. Tengo algo terrible que contarle.

En pocas palabras le refirió todo lo que había presenciado y Callahan estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.

—Me has salvado, pequeño Sherlock Holmes—exclamó—. Voy ahora mismo a escribir mi reseña.

—Bueno, pero no olvide que me tiene prometido colocarme en el periódico—le recordó el muchacho.

—Descuida, que de esta hecha vas a ser lo menos director—respondió Callahan, a la vez que se sentaba delante de la máquina, para escribir las cuartillas que con tanta urgencia le había pedido el director del diario.

Al día siguiente, el periódico de Callahan, sacaba la más completa información de lo ocurrido, gracias a Juanito, y junto al retrato de éste se hallaba el encabezamiento de la información, que decía, en grandes caracteres:

“M. R. W. Burbank, asesinado por un ladrón.

“Un muchacho del “Press News” ha sido testigo ocular del suceso en casa del acaudalado banquero. Descripción del tiroteo sostenido con la policía. Esta sospecha de Dan, el hombre de los cuatro dedos.”

Gracias a aquella gran información, Callahan había conseguido que Juanito entrase en el periódico y éste se creía ya hecho todo un gran periodista.

—Si el “Cuatro dedos” te pone la mano encima, Juan, ya puedes encomendarte a



—No se apure usted. Yo le prometo que volverá

Dios—le decía la tarde siguiente el repórter a su pequeño amigo, que le contestó jactanciosamente:

—¡Que se cree usted eso!... Yo no le tengo miedo. ¡Ahora soy un periodista, lo cosa más importante después de un detective! Como yo lo vuelva a encontrar, no echaré a correr, como anoche, téngalo por seguro.

Callahan estrechó la mano del muchacho, a la vez que le decía entusiasmado:

—¡Somos grandes, Juan! Ahora voy a ver otra cosa muy importante.

La otra “cosa” que Callahan iba a ver, era Clarita Mahaffey, la preciosa telefonista del periódico, por quien el periodista bebía los vientos, y por quien ella sentía a su vez un verdadero amor.

Se acercó a donde estaba la muchacha y le preguntó:

—¿Has leído mi información?... ¿Estarás orgullosa de mí?

La joven, satisfecha del comportamiento de su novio, le hizo una graciosa reverencia, a la vez que le decía:

—¡Enrique Clay Callahan, eres un hombre maravilloso!

—Pues no es eso sólo lo que pienso hacer — respondió el novio, dándose tono—. Yo creo que cazaré ese pájaro de “Cuatro dedos”, y entonces el reportaje si que será sensacional.

Callahan no quería atribuirse a él solo el éxito de su información y le explicó a Clarita el conducto por donde había sabido todo lo referente al crimen, y terminó, diciéndole:

—Ese Juanito, es un muchacho admirable.

—Tengo curiosidad por conocerlo. Ves y llámalo, para que tome el té con nosotros.

No se hizo repetir la orden el periodista, sino que salió en busca de su amigo, a quien le dijo:

—Juan, una bella señorita desea conocer al pequeño gran detective.

El muchacho movió la cabeza, pensativamente, y exclamó, dándose importancia:

—¡Caramba!... apenas si llevo un día de periodista y ya las mujeres andan detrás de mí.

Callahan se echó a reír al oír al pequeño, y le dijo:

—No te crezcas, muchacho, que se trata de mi novia, que te quiere conocer.

—Si es así, vamos—exclamó Juanito.

Momentos después, Callahan le presentaba a la deliciosa Clarita al pequeño, y le decía:

—Este es, querida, el famoso detective, Juan Callengher, de la razón social Callengher y Callahan.

Pronto sintió Clarita la simpatía que en todos despertaba el pequeño, y éste, al poco rato de estar con ella, le dijo a su amigo:

—Se me olvidaba decirle que el director a estado toda la mañana preguntando por usted.

—¡Ah! — exclamó satisfecho el periodista, creyendo adivinar el motivo de aquella llamada—. Seguramente querrá colgar una medalla del pecho del más grande reporter policiaco que hay en el mundo, que soy yo.

Clarita lo vió marchar y lo siguió con la vista, dando a comprender el gran amor que sentía por él. Cuando hubo desaparecido por un pasillo, se volvió hacia el pequeño, que había quedado con ella, y le dijo:

—¡Es un hombre admirable!, ¿verdad, Juan?

—¡Admirable! — respondió el muchacho, disponiéndose a tomar el té, que le ofrecía su nueva y bella amiga.

¿Quiere usted aprender
Los bailes de moda?

Precio de
cada
método:
25 Cts.
Pida hoy mismo los métodos de:
TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK - BOTTOM

Tercera parte

No era para imponerle una medalla, como él había supuesto, para lo que Callahan había sido llamado por el director, sino para recomendarle que activase más el asunto aquel del asesinato, según le había ordenado el propietario del periódico; pero el repórter, ajeno a lo que ocurría, entró en el despacho y quedó sorprendido cuando le dijo el director:

—Está usted toda la mañana de un lado para otro, sin hacer nada, Callahan. ¿Por qué no se dedicó usted a la reseña del asunto Burbank, que tanto interesa, en vez de holgazanear por ahí?

—¿Y de ese modo es como pagan ustedes mi información? — exclamó Callahan indignado.

—La pagamos como debemos — respondió el director—. Para lo que ha hecho usted hasta ahora, demasiado ha cobrado.

Aquella falta de delicadeza para el mejor repórter, como se consideraba Callahan, no podía tolerarla, y exclamó indignado:

—Si no fuera por mí, usted no tendría nada interesante que publicar en el periódico.

—Déjese de pámplinas y póngase a trabajar—exclamó de nuevo el director, despidiéndolo con el gesto.

Callahan salió de allí como ya podrá suponerse, y cuando llegó adonde estaba su novia, le dijo:

—Ese directorcillo insignificante ya me tiene harto, y ¡bueno soy yo para aguantar a nadie!

Clarita intentó calmarle, y se acercó a él para decirle:

—No te acalores y no pierdas la colocación, ahora que vamos a casarnos.

Pero Callahan la rechazó bruscamente, exclamando:

—Bueno, no trates de aconsejarme, porque yo no necesito consejos de nadie.

—Si no son consejos—respondió Clarita, insistiendo en su propósito—. Solamente traté de evitar que hagas una locura.

Pero estaba visto que aquel día tenía que ser un día negro para Callahan, puesto que, mientras él hablaba con su novia, el director volvía a recibir un aviso más apremiante del dueño, que le decía:



Mientras Juanillo pasaba este mal rato ...

“Haga el favor de decirme qué le ocurre a ese demonio de Callahan, que no entrega más información relativa al asesinato de Burbank. Si no quiere trabajar, despídalo inmediatamente, sin más contemplaciones.

Hodges.”

Aquella misma tarde, el director, en vista de que Callahan continuaba sin llevar ningún original, llamó por teléfono a la Jefatura de policía y le dijo a McGinty, que se puso al aparato:

—Haga el favor de llamar a Callahan.

Cumplió éste la orden, y le dijo al periodista:

—Tu director te está llamando. Será como siempre, para echarte una regaña.

No andaba descaminado el policía, puesto que el director, en cuanto conoció la voz del repórter, le dijo:

—Callahan, si no manda usted algo sobre el asesinato de Burbank, tomaré una determinación enérgica. Ya estoy cansado de tantas contemplaciones.

—Pero, ¿qué está usted diciendo?—respondió Callahan, que no podía creer que a un periodista, que como él, que había dado la nota sensacional se le pudiera hablar en aquellos términos. —Cree usted que su ridículo periódico puede vivir sin mí?

—Para que vea usted que sí—respondió el director—, desde este momento queda usted despedido.

Callahan se echó a reír y repuso:

—¡Usted no puede despedirme a mí! ¡Soy yo el que se despide!

El detective comprendió la locura que estaba haciendo su amigo y le dijo:

—...Pero, Callahan, no sea usted niño. ¿No comprende el disgusto que le va a dar a Clarita?

—Yo ya sé lo que me hago, y no tengo necesidad de consejos—respondió malhumo-

rado el repórter, Y tomando el sombrero se fué a casa de su novia.

En ella encontró a Juanito, y a una y a otro les dió cuenta del altercado que acababa de tener con el director, diciendo al final:

—Ya veréis que poco tarda en volverme a llamar.

Clarita estaba segura de que no sucedería así, pero no quiso quitarle las ilusiones y se conformó a ver aplazada indefinidamente su boda.

PASO ...

La Felicidad que Llega!

Ya está a la venta el nuevo libro que hacía falta:

Pasado, Presente y Porvenir

POR LAS RAYAS DE LA MANO

Según las teorías y experiencias del sabio profesor **FILONGTENCH**

Ilustraciones del dibujante **BOSCH**

Precio: 30 céntimos

Cuarta parte

Con gran sorpresa por parte de Callahan, el periódico y el resto del mundo siguieron marchando sin él, y su desesperación llegó hasta tal punto que un día su novia le dijo:

—No te apures, hombre, ya encontrarás otro empleo.

—Estoy descorazonado — respondió él—. Me angustia esta vida irregular que llevo. Cuando otros terminan su trabajo, yo aun he de empezarlo.

Y en el colmo del desaliento, tomó la mano de su novia y le quitó la sortija de prometida. Clarita, sorprendida por aquella acción, le preguntó extrañada:



Se entregó a la policía sin la menor resistencia

—Ya lo sé — contestó melancólicamente Callahan—. Pero tendrás todavía peor suerte si te casas con un chiflado como yo.

Juanito creyó oportuno intervenir, para evitar aquel dolor a Clarita, que tan cariñosamente lo trataba, y le dijo a Callahan:

—Usted no se puede marchar de nuestro lado. Recuerde que se ha comprometido a formar compañía conmigo.

—¿Por qué haces eso, querido? ¿No sabes que es signo de mala suerte quitarme el anillo?

—No, yo no puedo asociarme a un chiquillo como tú. Te haría un desgraciado, como yo lo soy.

Y sin atender más razonamientos, salió de la casa, dejando a la pobre Clarita llorando la pérdida de sus rosadas ilusiones.

—No se apure usted—la consoló Juanito—. Yo le prometo que volverá.

Clarita, para evitar la vergüenza que para ella suponía continuar en el periódico de donde había sido despedido su novio, prefirió abandonar la población y decidió pasar unos días en un pueblecito próximo, en donde tenía alguna familia.

Aquella misma tarde tomó el billete del tren y al llegar a la estación, acompañada de Juanito, el encargado de la misma, le dijo:

—Señorita, su tren no sale hasta dentro de unas horas, pero tiene usted la cama dispuesta, por si quiere usted descansar.

Entró al andén y Juanito se despidió de ella. Pero al volver nuevamente a la estación, vió parado en la cola de una de las taquillas a un hombre que le llamó poderosamente la atención. No le cabía duda de que era el mismo que había visto la noche del crimen de Burbank, y si esta era la misma persona, evidente era también, el famoso bandido, que tanto esfuerzo tenía la policía en capturar. Para asegurarse mejor, se acercó

a él, y, disimuladamente, le cogió el dedo menique. El individuo no hizo el menor gesto que demostrase que se había apercibido de la presión que hacia el muchacho y éste ya quedó convencido de que era "Cuatro dedos".

Decidido a no dejarlo escapar, se colocó detrás suyo y cuando aquél hubo sacado su pasaje, pidió otro igual, diciendo:

—Deme usted un billete para el mismo sitio que ese señor.

El empleado de la taquilla no sospechó siquiera las intenciones del muchacho y le entregó el billete para Torresdale, un pueblecito que distaba media hora escasamente

En el tren siguió su inspección y adquirió la certeza de su sospecha.

Tan pronto como llegó el comby a la estación de término, el chiquillo, sin perder tiempo, se fué al teléfono y llamó a Callahan, para decirle:

—Callahan, he encontrado a Dan "Cuatro dedos". Estoy en Torresdale.

—No te pierdas de vista—le contestó Callahan—. Ahora mismo tomaré un auto y voy a encontrarte. ¿Qué camino tomó él?

—El de la izquierda del almacén grande. Vengan volando, yo mientras iré tras él.

Y con la ilusión de capturar al bandido, Juanito, acompañado del fiel "Ciclón", se dirigió hacia el almacén.

Quinta parte

Sin que nadie le viese entrar penetró en su interior y subió una especie de escalera de mano que conducía a un piso de arriba. Poco rato después se oyeron pasos abajo, y "Ciclón" se puso a ladear, para indicar a su amo que no estaban solos. Juanito se echó sobre el perro, para que no le descubriera, al mismo tiempo que le decía:

—¡Silencio! ¡Si nos coge aquí nos matará a los dos!

Se escondió detrás de una puerta y Dan, que había oído los ladridos, anduvo buscando por la sala, sin que descubriera el lugar donde estaba oculto el muchacho, que al verse libre, saltó por una ventana y salió al campo. En aquel momento salía también el bandido y al verlo se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué haces aquí a estas horas, muchacho?

Dan miró entonces al perro y se dió cuenta de que era el mismo que había visto salir de la casa, donde él tenía su guarida. Rió burlonamente ante la contestación del chico, y le preguntó:

—¿Es tuyo este perro?

Juanito se vió descubierto, pero aun tuvo un poco de sangre fría y respondió:

—No, yo no le he visto nunca. ¡Largo de aquí, animal! — Y echó a éste, que comprendiendo que algo debía ocurrir a su amo, se quedó guardando la salida de la casa, mientras que el niño entraba a instancias del bandido.

Una vez dentro. Dan lo hizo sentar en una mesa y le dijo, sonriendo maliciosamente:

—Tú y yo vamos a ser muy buenos amigos. Vamos a tomar un bocado juntos, te convido.

—Gracias, muchas gracias—respondió Juanito—. Yo no puedo tomar nada, no me encuentro bien.

Dan, sin hacer caso de la negativa del chico, llamó a una mujer, de aspecto repugnante, y le dijo:

—Traiga algo bueno para obsequiar a este simpático hombrecito.

Dan, poco a poco, iba haciendo memoria y no tardó en reconocer en Callangher, al

mismo muchacho, cuya fotografía había reproducido el periódico, y le dijo:

—Me parece que yo te he visto antes en alguna parte.

—Es muy raro—exclamó Juanito, a quien el pánico apenas si le dejaba hablar—. Yo no suelo salir de casa, casi nunca.

Mientras que Juanito pasaba este mal rato, en compañía del bandido, Callahan había llegado al almacén, acompañado de McGinty. Ambos estuvieron mirando para ver si daban con el pequeño, hasta que el periodista exclamó:

—Debe estar dentro. Aquí veo a su perro. Entraron en el almacén y Dan, al oír que llegaba gente, sacó un revólver y apuntando al pequeño, le dijo:

—Si entra alguien, muéstrate tranquilo y sonriente, de lo contrario, te mato.

Dejó la pistola sobre la mesa, procurando ocultarla bajo la servilleta y cuando entraron los amigos del pequeño, sospecharon en la actitud de éste que algo grave debía ocurrirle. Se sentaron en una mesa próxima y pidieron de comer, como si no conocieran a Juanito, que, disimuladamente, les iba diciendo con señas de que aquel era precisamente el hombre a quienes buscaban.

Cuando menos lo esperaba el bandido, Callahan saltó de su asiento, encañonándolo, a la vez que le decía:



Callahan y Clelita iban en busca de la felicidad que tanto anhelaban

—Manos arriba, si no quieres que te agujere la piel.

El bandido no tuvo tiempo para defenderse y se entregó a la policía, sin la menor resistencia, cuando vió que acababan de entrar también los agentes de la Ley seca.

Entonces el detective se acercó a ellos y les dijo, presentándose:

—Soy del Cuartel General de Policía y este hombre es mi prisionero.

Callahan había ido ya al teléfono y le decía al director del periódico:

—Si usted quiere sostener su periódico, yo le proporcionaré la reseña sensacional que jamás ha publicado. Acabamos de capturar a Dan, el "Cuatro dedos".

—Venga corriendo—exclamó el director—. La edición esperará unos minutos más, con tal de poder recoger su información.

Y a todo gas, emprendieron los dos amigos el regreso al periódico.

Al día siguiente, el periódico volvía a sacar la información más completa, a la vez que Juanito y Callahan y Clarita iban en busca de la felicidad que tanto anhelaban.

FIN

TANGOS ARGENTINOS

BIANCO BACHILIA

MARCUCCI

LOS MEJORES TANGOS

IMPERIO ARGENTINA

SPAVENTA

LINDA THELMA

MANUEL BIANCO

CARLITOS GARDEL

PEPE COHAN

SOFIA BOZAN

CATULO CASTILLO

ERNESTO FAMA

JULIO DE CARO

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes

PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad
PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.- Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará enseguida

LECTURA PARA TODOS

**4 NOVELAS !!
TITULOS EXITOS !!**

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio:
25 cts. PORTADA A TODO COLOR
32 PAGIN S DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS:
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad
PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS. - Apartado 707. - BARCELONA

que remitiendo el importe, más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará en seguida